

NICHI HODGSON

*En tus manos*

Traducido del inglés por Vicente Voltoya Sotres

punto de fuga

Mientras íbamos a buscar las bebidas, Gina y yo continuamos con la conversación que manteníamos fuera.

—Tengo una amiga que se pagó un máster a base de trabajar de *pole dancer*. Dice que no es una trabajadora del sexo, sino una trabajadora sexy.

Solté una carcajada y sacudí la cabeza.

—Bueno —dije—, ¡si así se siente mejor! ¿No será que lleva la polla en el lado equivocado de los pantalones?

—Oh, yo diría que sí —nos comentó una voz entendida.

La intromisión procedía de una mujer extrañamente maquillada con un pelo rojo brillante espectacular que llevaba un elegante vestido negro atado al cuello y zapatos de charol de medio tacón. El vestido dejaba a la vista un complicado tatuaje japonés que le bajaba por la espalda en forma de clemátide.

Miré a Gina. ¿Esa era una de sus amigas? Gina pareció talmente que se encogía de hombros con los ojos.

La mujer notó inmediatamente nuestra incomodidad, se rió para sus adentros y dio un paso adelante con la mano tendida en un gesto amistoso.

—Soy Sapphire. Encantada de conoceros a las dos. ¡Una fiesta estupenda! ¿No la han decorado de lo más loco?

Tenía voz grave de contralto y hablaba con una cadencia extraña. No logré identificar su acento. Inglés con una pizca de otra cosa. O tal vez era simplemente que su raro atractivo me confundía. Tampoco sabría decir qué edad tendría. Algo me dijo que treinta y pocos. Tenía un

aplomo poco frecuente entre mujeres de la edad de Gina y yo.

—Yo soy Nichi —sonreí a mi vez—, y esta es Gina —Gina miró a Sapphire con precaución—. Así que —insistí— Sapphire... un nombre poco corriente. ¡Como de sirena!

—Oh —se rió jovialmente—. No es mi nombre verdadero. Es mi nombre de *dómina*.

¿Nombre de *dómina*? Vi que había captado la consternación que reflejó mi rostro.

—*Dómina*. De *dominatrix*, dominadora. Me gano la vida dominando hombres sexualmente.

—¡Aaah! —repliqué rebajando la entonación para no sonar demasiado en las nubes. Sí que sabía lo que hacían las *dominatrixes*, esto, no, ¿cómo era el plural?, *dominatrices*, sí, sabía a lo que se dedicaban las *dominatrices*. Por una cuantiosa suma se dedicaban a atar a empresarios obesos que tenían fantasías en las que eran castigados por sus pecados de capitalista, ¿no era eso?

—¿Y qué tal es eso? —le pregunté como sin darle importancia. No es que me interesara especialmente la mecánica del tema. Además, debía de estar harta de que hombres y mujeres ansiosos por oír detalles lascivos le hicieran preguntas idiotas entre risitas nerviosas.

—Da mil vueltas a trabajar todo el día en una oficina. O para El Hombre. —Me dirigió otra sonrisa, ahora más efusiva. Era la sonrisa de una gata harta de nata. No pude decidir si la encontraba guapa o no. La encontraba alguna otra cosa, pero no conseguía saber qué.

Gina la miraba con suspicacia. Me di cuenta de que no parecía impresionarla mucho. Al ver que yo parecía relajada, se disculpó y se marchó. Pero yo me quedé. Estaba intrigada.

—Antes trabajaba en spas y balnearios, sabes —me explicó—. En París. Todo el día al servicio de un montón de mujeres caprichosas y malcriadas. Como soy una excelente proveedora de servicios, un día se me ocurrió que tenía que haber una forma más lucrativa de ganar dinero a partir del hecho de que disfruto dando a la gente lo que quiere.

Provedora de servicios. Una curiosa manera de expresarlo. ¿Por lo general las dominadoras no eran más bien mujeres que odiaban a los hombres sin saberlo, o mujeres que de pequeñas habían sufrido abusos de figuras paternas demoníacas?

—Qué interesante —repliqué—. Creía que para ser dominatriz había que disfrutar pegando a los hombres.

—Ah, bueno, no me interpretes mal... lo de pegar viene después. Pero yo no soy sádica por naturaleza. Se trata más bien de juegos mentales. Quiero decir, los ato, los azoto, les aplico TPC...

—¿TPC? —le pregunté. La única TPC que conocía era la terapia de psicología cognitiva, las técnicas clínicas para trastornos de la alimentación que habían utilizado para convencerme de que si pesaba menos de treinta y ocho kilos no estaba gorda.

—Torturas en Polla y Cojones —dijo Sapphire—. Básicamente, atarles unas bonitas cintas en las partes

íntimas. O colgarles pesos. Eso sirve para que la zona esté más sensible.

—¿Entonces tienes que tocarlos?

—Solo un mínimo. Y normalmente no con las manos. Con un bastón o una fusta o algo —bajó la mirada—. O con el zapato. ¿Y tú? ¿Tú qué haces? —inquirió.

—Oh, soy periodista. Bueno, intento ser periodista. Estaba haciendo de becaria, pero la revista en la que trabajaba no podía pagarme, así que probablemente tenga que volver a aceptar un trabajo temporal. —Habría podido mentir, pero entonces me habría preguntado simplemente para qué publicación trabajaba. Y además, nunca se sabe a quién vas a conocer en una de esas fiestas y qué contactos puede tener. Era más rentable ser sincera.

—¿Y dónde es el trabajo temporal?

—En un hospital. Secretaria médica. Es una manera rara de usar mi título, pero por lo menos ayudo a la gente.

Sonrió, asintió, encendió un cigarrillo y luego dijo:

—Tienes una figura estupenda, sabes —me señaló el pecho con un gesto.

—Oh, bueno, no, no —me ruboricé—. Una delantera decente no es más que una de las ventajas de no estar flaca. —Me di cuenta de que ella estaba bastante plana, con un pecho muy pequeño—. Pero me siento bien con mi cuerpo —continué—. El *sex appeal* no tiene mucho que ver con la talla de ropa. Y eso lo aprendí por el camino más difícil.

Se me quedó mirando pensativa como ponderando algo en su interior. Pero no me hizo más preguntas.

—Bonitos zapatos también. Aunque ahora yo nunca puedo llevar los dedos al aire.

Me quedé extrañada. Volví a mirar las puntas triangulares afiladas de sus zapatos de charol. Siempre había sentido un curioso desprecio por el charol desde que de niña mamá me compró unas sandalias negras relucientes. Las rechacé porque me parecieron demasiado de furcia. Y no debía de tener más de seis años. ¿Cómo podía saber qué era una furcia? Pues lo sabía. Luego me fui a la fiesta de una compañera de clase que llevaba esas mismas sandalias y recuerdo haber sentido envidia y arrepentimiento.

Esa vez mi curiosidad pudo más que yo.

—¿Por qué no? —pregunté.

—Oh, estoy demasiado ocupada. No consigo estar al día con los clientes, así que casi siempre tengo que ir vestida con ropa de trabajo. Y en mi trabajo no se pueden usar zapatos abiertos. Por cierto, que después de aquí tengo un trabajo de última hora. Me recogerá aquí. Toma, te doy mi tarjeta. Échale una mirada a mi página web el fin de semana. ¿Tú tienes tarjeta tuya?

Negué con la cabeza y un poco de pena.

—¿Me das tu número de móvil?

Se lo pasé sin pensarlo bien y luego me sentí irritada. ¿Por qué no le había preguntado para qué lo quería? ¿Quería que la entrevistara o algo así? Evidentemente cualquiera lo habría considerado un anzuelo. La dominación sexual no era tan poco corriente como para airear el asunto en la prensa como una novedad, pero tampoco lo bastante aceptable como para hacer un reportaje sobre profesionales

alternativas, por ejemplo. Sapphire era una trabajadora del sexo. ¿Y quién necesitaba un artículo sobre trabajadoras del sexo a no ser que el reportaje tratara de la violencia de sus clientes o de abusos justicieros de la policía?

—Te llamaré —me dijo—. ¿Te apetecería ser mi chica vainilla?

—¿Tu qué?

—Lo único que tienes que hacer es sentarte y mirar a los clientes mientras yo ejerzo de dominatrix. No en todas las sesiones, dos o tres veces por semana y solo una hora. No tienes que ponerte nada especial ni decir ni una palabra. Y te pagaré el tiempo de trabajo, naturalmente. Será mucho, más que lo que sacas por hora en el hospital.

Vacilé. No entendía nada. Aparte de Christine Keller, no sabía virtualmente nada sobre la industria del sexo, pasada o presente, salvo que era algo respecto de lo cual las verdaderas feministas estaban muy en contra. Pero necesitaba dinero, y el geniecillo que llevaba dentro ansiaba alguna travesura. Era curiosa. Y, por encima de todo, necesitaba distraerme. No podía seguir sumida en aquella tragedia griega en que se había convertido el futuro, que para Christos y yo se había venido abajo.

—Bueno, eso suena genial. Miraré tu página en internet. —Pero tenía una pregunta más inmediata—. ¿Qué sacan ellos si yo hago de, ¿cómo es?, ¿vainilla?

—La excitación de ver en tu cara de novata la reacción espontánea a su sumisión. Eso los pone a mil.

Así que lo que andaban buscando era mi virginidad de chica vainilla. Representar una y otra vez la comedia de mi

iniciación. Hum. ¡Yo no tenía costumbre de fingir! Pero sí que era buena actriz. Me pregunté, de todos modos, cuánto tiempo podría seguir siendo vainilla.

—Tú serás fabulosa —me dijo—. ¡Estoy deseando verte! —Y dicho eso me cogió por el brazo con sus dedos lacados en rojo y luego se marchó.

Busqué a Gina, que estaba charlando con el Lobo, ahora desencadenado, y me acerqué.

—¿Cómo ha ido tu interrogatorio con el Ama? —bromeó Gina—. ¿Intentó reclutarte para sus Artes Oscuras o algo así? Jamie dice que siempre anda husmeando por las fiestas con las esperanza de encontrar ayudantes.

—Gina, yo soy periodista —le recordé.

Me lo recordé.